dió,—yo estaba amargado, profundamente herido y quejoso de mi destino sobre la tierra; pero al verte tan resignada, tan dulce, tan contenta con la existencia de servidumbre que te habia dado el cielo, me avergoncé de mí mismo; me avergoncé de que tú, niña débil y delicada, tuvieses más valor que yo, hombre fuerte; empecé admirándote; te estimé despues, y he llegado á amarte con esa pasion profunda que dura tanto como la vida, porque es razonada, y está, por lo mismo, exenta de toda ceguedad y de toda decepcion.

FIN DEL DIARIO DE UNA JÓVEN POBRE.

PEDRO Y CAMILA

POR MAURICIO BARR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

I

El caballero de Arcis, oficial de caballería, se habia retirado del servicio en 1760. Aunque era jóven todavía, y aunque su fortuna le permitia presentarse ventajosamente en la corte, se habia cansado ya de la vida de soltero y de los placeres de París. Compró, pues, cerca de Mans una bonita casa de campo, y se instaló en ella; pero al cabo de poco tiempo, la soledad, que habia hallado al pronto agradable, se le hizo penosa; sentia que le era difícil romper de repente con los hábitos de su juventud. No se arrepentia de haberse retirado del mundo; mas no pudiendo resolverse á vivir solo, tomó el partido de casarse, y de encontrar, si esto era posible, una mujer que compartiese su gusto por el reposo y por la vida sedentaria que estaba decidi-

do á llevar. No deseaba que su esposa fuese bella, pero tampoco la queria fea; daba la preferencia á un exterior simpático y agradable, y queria que tuviese instruccion é inteligencia con el menor ingenio posible; lo que deseaba, sobre todo, era que fuese de carácter alegre é igual, y esto lo miraba en una mujer como las primeras cualidades.

La hija de un negociante retirado que habitaba en la vecindad le agradó; como Mr. de Arcis no dependia de nadie, no reparó en la distancia que habia entre un caballero noble y la hija de un mercader; dirigió á la familia una peticion que fué acogida con apresuramiento; visitó la casa de su novia durante algunos meses, y el matrimonio se verificó.

Jamás alianza alguna fué formada bajo mejores y más dichosos auspicios; á medida que conocia mejor á su mujer, el caballero descubria en ella nuevas cualidades y una dulzura de carácter inalterable; ella por su parte manifestaba hácia su marido un amor

extremado; no vivia más que para él, no soñaba más que en complacerle, y muy lejos de echar de menos los placeres de su edad y que le habia sacrificado, deseaba que su existencia entera pasase en una soledad que de dia en dia le era más querida.

Esta soledad no era, sin embargo, completa; algunos viajes á la ciudad, la visita periódica de algunos amigos, prestaban variedad de tiempo en tiempo. El caballero no rehusaba el ver frecuentemente á los parientes de su mujer, de suerte que ésta podia creer que no habia salido de la casa paterna; salia muchas veces de lado de su marido, para encontrarse de nuevo en brazos de su madre y disfrutar así de un favor que la Providencia concede á muy pocos, porque es raro que una dicha nueva no destruya la antigua.

Mr. de Arcis no estaba dotado de menor dulzura y bondad que su mujer; pero las pasiones de su juventud y la experiencia que tenía de las cosas de este mundo, le

causaban algunas veces melancolía. Cecilia, así se llamaba Mme. de Arcis, respetaba religiosamente estos momentos de tristeza: aunque no poseyera un talento superior, su corazon le advertia fácilmente que no debia quejarse de esas ligeras nubes que destruyen la dicha cuando se las mira, y que no son nada cuando se las deja pasar.

La familia de Cecilia se componia de buenas gentes, mercaderes enriquecidos por el trabajo, y cuya vejez era, por decirlo así, una perpétua fiesta; el caballero gustaba de esta alegría del reposo, comprada á costa de penalidades, y tomaba parte en ella de buen grado; fatigado de las tumultuosas fiestas de Versalles, de las cenas de Mlle. Quinault, se recreaba con estas maneras un poco ruidosas, pero francas y nuevas para él.

Cecilia tenía un tio, excelente hombre y mejor gastrónomo aún, que se llamaba Giraud; habia sido maestro de obras en su juventud, y despues habia llegado poco á poco á arquitecto; á costa de su trabajo

habia ganado unas veinte mil libras de renta; la casa del caballero era muy de su gusto, y era siempre bien recibido en ella, aunque iba muchas veces cubierto de yeso y de polvo, porque á despecho de los años y de sus veinte mil libras, no podia menos de trepar sobre los tejados, y de manejar la paleta. Cuando habia bebido algunas copas de Champagne, era inevitable que perorase en los postres.

—Por cierto sois muy dichoso, sobrino mio—decia frecuentemente al caballero;—sois rico aún, teneis una buena mujercita, una casa no del todo mal edificada; no os falta nada; tanto peor para el vecino si lo siente; yo os digo y repito qre sois dichoso.

Un dia Cecilia, oyendo estas palabras é inclinándose hácia su marido,

—¿No es cierto—dijo—que es preciso que en esto haya algo de verdad, para que te lo dejes decir tantas veces?

—Sí, Cecilia mia—repuso el caballero besándola en la frente;—soy completamente feliz.

Habia detrás de la casa una pequeña colina, desde la cual se descubria todo el valle, y los dos esposos se paseaban siempre juntos en aquel ameno sitio; una tarde que estaban sentados sobre la yerba,

—Tú no has contradicho á mi tio el otro dia—dijo Cecilia;—¿piensas, sin embargo, que tuvo enteramente razon? ¿eres perfectamente dichoso?

—Tanto como un hombre puede serlo—respondió el caballero, —y no veo nada que pueda aumentar mi dicha.

—Yo soy entonces más ambiciosa que tú—replicó Cecilia,—porque me sería fácil citarte alguna cosa que nos falta aquí y que nos es absolutamente necesaria.

El caballero creyó que se trataba de adquirir algun mueble elegante y que su esposa queria tomar un rodeo para confiarle un capricho de mujer: hizo chanceándose mil conjeturas, y á cada cuestion las risas de Cecilia se redoblaban; se levantaron y descendieron de la colina: Mr. de Arcis apresuró el paso, y animado por la rápida

pendiente de la colina, queria que Cecilia le siguiese; pero ella se detuvo, y apoyándose sobre la espalda del caballero,

—Ten cuidado, amigo mio—le dijo,—y no me hagas andar precipitadamente; tú buscabas muy lejos el objeto que nos es preciso, y Dios nos lo dará muy pronto en nuestro hijo.

A contar de este dia, todas sus conversaciones no tuvieron más que un motivo; no hablaban más que de su hijo, de los cuidados que iban á prodigarle, de la manera como lo educarian, de los proyectos que formaban ya para su porvenir; el caballero quiso que su mujer tomase todas las precauciones posibles para conservar el tesoro que guardaba; redobló sus atenciones y su amor, y todo el tiempo que duró el embarazo de Cecilia no fué más que una larga y deliciosa embriaguez, llena de las más dulces esperanzas.

El término fijado por la naturaleza llegó; una niña vino al mundo, bella como el dia; en la pila del bautismo se la llamó Ca-

mila; á pesar del uso general, y contra la opinion misma de los médicos, Cecilia quiso criarla ella misma; su orgullo maternal estaba tan lisonjeado con la belleza de su hija, que fué imposible separarla de su lado; es verdad que su belleza, tratándose de una criatura recien nacida, era extraordinaria; sus ojos, sobre todo, así que se abrieron á la luz, brillaron con un resplandor deslumbrante.

Cecilia, que se habia educado en un convento, era extremadamente piadosa, y sus primeros pasos, así que ella pudo salir, fueron para ir á la iglesia á dar gracias á Dios.

Pasó un año: la niña comenzaba á tomar fuerzas y á desarrollarse. A medida que crecia, extrañaba verla guardar inmovilidad completa; ningun ruido parecia impresionarla; era insensible á esas mil dulces palabras que las madres dirigen á sus hijos; mientras que cantaba meciéndola, tenía ella los ojos fijos y abiertos, mirando ávidamente la claridad de la lámpara, y al parecer sin oir nada.

Un dia que se hallaba dormida en su cuna, una criada derribó un mueble; Cecicio acudió al instante, y vió con asombro que la niña no se habia despertado.

El caballero se espantó con estos indicios, demasiado claros para que pudieran equivocarse; la observó con atencion desde este dia, y comprendió cuál era la desgracia á que estaba condenada su hija; la madre quiso en vano engañarse, y por todos los medios imaginables disipar los temores de su marido; se llamó á los más famosos médicos, y el examen no fué ni largo ni difícil, declarando unánimes que la pobre Camila estaba privada del oído y de la palabra.

Habia nacido muda.

II

El primer pensamiento de la madre habia sido el preguntar si el mal no tenía remedio, y le respondieron que habia ejemplos de curacion. Durante un año, á pesar de la evidencia, conservó algunas esperanzas; pero todos los recursos del arte fracasaron, despues de haberlos agotado todos.

Desgraciadamente, en aquella época en que tantas preocupaciones fueron destruídas y reemplazadas por otras, existia una despiadada contra esas pobres criaturas que se llaman sordo-mudos: algunos sabios distinguidos, y aun algunos hombres solamente impulsados por un sentimiento caritativo, habian desde largo tiempo protestado contra esta barbarie. Un monje español fué el primero que en el décimo si-

glo adivinó y ensayó la tarea, creída entonces imposible, de enseñar á los mudos á hablar sin palabra; su ejemplo habia sido seguido en Italia, en Inglaterra y en Francia diferentes veces. Bonnet, Wallis, Bulwer, Van-Helmont, habian dado á luz obras importantes; mas la intencion habia sido mejor que el efecto; algun bien se habia hecho acá y alla, sin que el mundo lo supiera, casi al azar y sin ningun fruto. Por todas partes, en París mismo, en el seno de la civilizacion más avanzada, los sordo-mudos eran mirados como una especie de séres aparte, marcada con el sello de la cólera celeste. Privados de la palabra, se les negaba el pensamiento; el cláustro para los que nacian ricos, el abandono para los pobres, tal era su suerte; los infelices inspiraban más horror que piedad.

Mr. de Arcis cayó poco á poco en el más profundo pesar; pasaba la mayor parte del dia solo, encerrado en su gabinete ó paseándose en el bosque. Se esforzaba, cuando veía á su mujer, en mostrar un semblante tran-

quilo, y trataba de consolarla, pero en vano. Mme. de Arcis, por su lado, no estaba menos triste; una desgracia merecida puede hacer verter lágrimas casi siempre tardías é inútiles; mas una desgracia sin motivo abruma la razon y desalienta la fe.

Estos dos recien casados, nacidos para amarse, y que se amaban, empezaron á verse con pena y á evitar su encuentro en las mismas calles de árboles donde pocos meses antes venian á hablarse de una esperanza próxima, tranquila y pura.

Mr. de Arcis, al desterrarse voluntariamente en su casa de campo, no habia aspirado más que al reposo: la felicidad parecia haberle sorprendido alli; Cecilia, su esposa, tampoco habia hecho más que un casamiento de razon; pero el amor habia llegado y era recíproco; y sin embargo, un obstáculo terrible se habia colocado de repente entre ellos, y este obstáculo era precisamente el objeto mismo que hubiera debido ser un lazo más sagrado y más tierno.

Lo que causaba esta separacion repenti-

na y tácita, más afrentosa que un divorcio y más cruel que una muerte lenta, era que la madre, á pesar de la desgracia de su hija, la amaba con pasion, en tanto que el caballero, á pesar de sus propósitos, á pesar de su paciencia y de su bondad, no podia vencer el horror que le inspiraba esta maldicion de Dios que pesaba sobre la pobre niña.

—¿Será verdad que yo aborrezco á mi hija?—se preguntaba él con frecuencia en sus paseos solitarios;—¿es acaso su culpa si la cólera del cielo la ha herido? ¿No deberia más bien compadecerla, tratando de dulcificar el dolor de mi esposa, ocultar lo que yo sufro, y velar sobre esa criatura? ¿A qué triste existencia está destinada, si yo, su padre, la abandono? ¿que será de ella? Dios me la envía así; yo debo resignarme. ¿Quién la cuidará? ¿quién la educará? ¿quién la protegerá? Ella no tiene en el mundo más que su madre y yo; no encontrará un esposo; no tendrá jamás ni hermano ni hermana; basta con una desgraciada más en el mun-

do! á no tener corazon, yo debo consagrar mi vida á hacerla soportar la suya.

Así pensaba el caballero; despues corria á su casa con la firme intencion de llenar sus deberes de padre y de esposo.

Encontraba á su hija en los brazos de su mujer, y se arrodillaba delante de ellas, tomando las manos de Cecilia entre las suyas; le habian hablado, decia él, de un médico célebre que haria venir; aun habia esperanzas; se le atribuían curas maravillosas; hablando así, tomaba á su hija entre sus brazos y la paseaba por la habitacion; pero terribles pensamientos le asediaban á pesar suyo; la idea del porvenir, la vista de aquel sér silencioso é incompleto, cuyos sentidos estaban cerrados, la idea de la reprobacion, de la repugnancia, de la compasion, del menosprecio del mundo, le abrumaban; su semblante palidecia, sus manos temblaban; devolvia la niña á su madre y se alejaba para ocultar sus lágrimas.

En estos momentos era cuando Mme. de Arcis estrechaba á su hija contra su co-

razon con una especie de ternura desesperada, y con esa mirada profunda del amor maternal, el más violento y el más activo de todos: nunca dejaba oir una queja; se retiraba á su cuarto; colocaba á Camila en su cuna y se pasaba horas enteras, muda como ella, mirándola con desolada expresion.

Esta especie de exaltacion sombría y apasionada llegó á ser tan fuerte, que no era raro ver á Mme. de Arcis guardar el más absoluto silencio durante dias enteros; en vano se le dirigia la palabra; parecia que queria saber por ella misma lo que era aquella noche del espíritu, en la cual debia vivir su hija.

Hablaba por señas á la niña, y era la única que sabía hacerse comprender de ella; las otras personas de la casa, el caballero mismo, eran extraños para Camila; la madre de Mme. de Arcis, mujer de un talento vulgar, no iba nunca á Chardonneux (así se llamaba la tierra del caballero) más que para deplorar la desgracia que abru-

maba á su yerno y su querida Cecilia; creyendo dar pruebas de sensibilidad, se compadecia sin cesar de la triste suerte de esta pobre niña, y se le escapó decir un dia:

—¡Más valiera para ella no haber nacido!

—¿Qué hubiérais, pues, hecho, si yo hubiera nacido así?—exclamó Cecilia casi con el acento de la cólera.

Y sin esperar la respuesta de su madre, salió de la estancia.

El tio Giraud, maestro de obras, no encontraba gran mal en que su pequeña sobrina fuese muda.

—He tenido—decia él—una mujer tan bachillera, que miro cualquiera cosa del mundo como preferible; esta niña está segura anticipadamente de no emplear jamás malas palabras ni de oirlas; de no incomodar toda una casa cantando sentimentales aires de ópera, que son todos parecidos; no será quejumbrosa, no dirá injurias á las criadas, como mi mujer lo hacía siempre; no se despertará nunca si su marido tose,

ó si se levanta antes que ella para vigilar sus obreros; no soñará en voz alta; será discreta; verá claro, porque los sordos tienen buenos ojos; arreglará una cuenta por los dedos, y pagará si tiene dinero, pero sin discurrir trampas como los propietarios á propósito de la menor edificacion; ella sabrá por sí misma una cosa muy buena que no se aprende de ordinario sino con dificultad, y es, que vale más hacer que decir. Si tiene el corazon en su lugar, ya se conocerá sin que tenga necesidad de ponerse miel en la punta de la lengua; es verdad que no reirá en sociedad, mas tampoco oirá durante la comida á los aguafiestas que hablan por períodos; será bonita, tendrá ingenio, no hará ruido; á fe que si fuera jóven, no tendria reparo en casarme con ella cuando fuese grande; y hoy que soy viejo y sin hijos, no tendria dificultad en llevarla á mi casa, como á mi hija, si por acaso os fastidiaba.

Mientras el tio Giraud tenía semejantes discursos, un poco de alegría cercaba por

algunos instantes á Mr. de Arcis y á su esposa; no podian dejar de sonreir ambos ante esta ingenuidad un poco brusca, pero respetable, y sobre todo, bienhechora, que no queria ver el mal en ninguna parte.

Pero el mal estaba allí; todo el resto de la familia miraba con ojos asustados y curiosos esta desgracia poco comun; los criados de la casa formaban círculo cada dia antes de comer, razonando acerca del estado de la pequeña Camila.

Cecilia se sentaba algunas veces cerca de ellos, teniendo á su hija sobre sus rodillas. Si Rafael hubiera vivido entonces, *la Vírgen de la Silla* hubiera podido tener una hermana; tal era la belleza de la madre y de la niña.

III

Camila crecia rápidamente; la naturaleza llenaba triste pero fielmente su tarea; la pobre criatura no tenia más que sus ojos al servicio de su alma; sus primeros gestos fueron, como lo habian sido sus primeras miradas, dirigidos hácia la luz; el más pálido rayo del sol le causaba trasportes de alegría.

Cuando empezaba á tenerse en pié y á andar, una curiosidad extrema le hacía examinar y tocar todos los objetos que la rodeaban, con una delicadeza mezclada de temor y de placer que tenía algo de la vivacidad de la infancia, y ya del pudor de la mujer. Su primer movimiento era el de correr hácia todo lo que le parecia nuevo, como para asirlo y apoderarse de ello; pero

se volvia siempre desde la mitad del camino á mirar á su madre, como para consultarla. Asemejábase entonces al armiño, que es detiene y renuncia á la senda que queria seguir, si ve que un poco de fango ó arena puede manchar su blancura.

Algunos niños de la vecindad venian á jugar con Camila en el jardin; mirábales ella hablar con una atencion constante y sostenida; estos niños, poco más ó menos de su misma edad, ensayaban hacer repetir á Camila las palabras de sus ayas, é intentaban, alzando la voz todo lo posible, enseñarlas á su compañera, que no percibia otra cosa que el movimiento de sus labios; algunas veces, para probar que ella habia comprendido, extendia las manos hácia sus pequeñas amigas, quienes por su parte retrocedian asustadas delante de esta expresion del mudo pensamiento de Camila.

Mme. de Arcis no se separaba de su hija; observaba con ansiedad las menores acciones, las mayores señales de inteligencia de Camila; si ella hubiera podido adivinar que el abate L'Epée debia llevar tan pronto la luz á ese mundo de tinieblas, ¡cuánta hubiera sido su alegría! Mas aquel bienhechor de la humanidad aun no habia llegado, y Cecilia se hallaba sin fuerzas contra esta crueldad de la suerte, que el valor y la piedad de un hombre tenian que destruir: un sacerdote debia ver más lejos que una madre, y estaba reservado al espíritu que discierne el encontrar el consuelo del corazon que tanto sufria.

Cuando las pequeñas amigas de Camila estuvieron en edad de recibir las primeras instrucciones de una aya, la pobre niña empezó á manifestar una gran tristeza porque no se hacía por ella lo que por las otras; habia en casa de un vecino una vieja institutriz inglesa que hacía deletrear con gran trabajo á un niño y le trataba sèveramente; Camila asistia á la leccion, miraba con asombro á su pequeño camarada, y seguia con los ojos sus esfuerzos; deseaba ayudarle, y lloraba con él cuando le reñian.

Las lecciones de música que se daban á

sus amigas, fueron para ella motivo de una pena mucho más viva; de pié al lado del piano, extendia y revolvia sus pequeños dedos, mirando á la maestra con sus grandes ojos, que eran muy negros y muy hermosos; parecia preguntar lo que era aquello, y golpeaba las teclas de una manera al mismo tiempo dulce é irritada.

La impresion que los séres ó los objetos exteriores producian sobre los otros niños, no parecia sorprenderla; pero cuando ella les veía mostrar con el dedo estos mismos objetos y cambiar entre ellos ese movimiento de los labios que para ella era ininteligible, entonces volvia á empezar su tristeza; se iba á un rincon del jardin y con una piedra ó un pedazo de madera trazaba casi maquinalmente sobre la arena algunas letras mayúsculas que habia visto señalar á los otros, y que ella consideraba atentamente.

El rezo de la noche era para Camila un enigma que se parecia á un misterio; se arrodillaba como los demás y juntaba las

manos sin saber por qué; el caballero veía en aquello una profanacion.

—Quitad de aquí á esta niña—exclamaba;—evitad esta impía ridiculez.

—Yo tomo sobre mí el pedir perdon á Dios—respondió un dia la madre con el acento de la desesperacion.

No solamente los otros niños se aproximaban á ella con cierto temor, sino que evitaban encontrarla con aire de desprecio. Acontecia alguna vez que uno de ellos, con esa falta de compasion de que habla La Fontaine, le hablaba largo tiempo y la miraba cara á cara, riéndose y pidiéndole respuesta.

Camila contaba ya cerca de doce años, y aun miraba á los niños bailar bulliciosamente formando rueda; sola y retirada, apoyada sobre un banco, llevaba el compás meciendo su linda cabeza, sin pensar mezclarse en el grupo, pero llena de tristeza.

La coquetería se muestra desde temprano en las mujeres, pero Camila no daba ningun indicio de ella.

—No gusta de galas; y sin embargo, ¡qué bella es!—decia Cecilia á su marido; y al mismo tiempo hacia señas á su hija para hacerla andar delante del caballero, á fin de que éste viese mejor su talle que se empezaba á formar, y su aire aun infantil, que era encantador.

A medida que adelantaba en edad Camila, se apasionaba, no por la religion, que no conocia, sino por los templos; tal vez tenía ella en el alma ese instinto invencible que hace que una niña de doce años conciba el proyecto de tomar el hábito, de buscar lo que es pobre y lo que sufre.

Camila se sumergia cada vez más en una tristeza profunda; la imágen de la Vírgen; el niño de coro, cuya vieja sobrepelliz cubria la sotana, y que pedia para el culto; el grave bedel, excitaban en ella una melancólica atencion, y era en la iglesia donde hallaba la paz y el bienestar.

IV

—¡Mi hija es muy bella!—repetia el caballero con profunda tristeza; y Camila lo era en efecto.

En el perfecto óvalo de un rostro regular, en los rasgos de una pureza y de una frescura admirables, brillaba, por decirlo así, la claridad de un buen corazon; Camila era de regular estatura, algo pálida, pero muy blanca, con largos cabellos negros; cariñosa, activa, tenía el más bello natural; era triste con dulzura y casi con negligencia; llena de gracia en todos sus movimientos, de ingenio, y algunas veces de energía en su pequeña pantomima, singularmente industriosa para hacerse entender, viva para comprender, y siempre obediente cuando comprendia; el caballero se quedaba algu-